

VISIBILIDAD, INVISIBILIDAD Y EXPRESIÓN:
REFLEXIONES EN TORNO A LA «ONTOLOGÍA
DEL SENTIR» PROPUESTA POR MERLEAU-PONTY

*Visibility, Invisibility and Expression: Reflections about the
«Ontology of Feeling» proposed by Merleau-Ponty*

Sandra PINARDI
Universidad Simón Bolívar

BIBLID [(0213-356)14,2012,49-65]

Fecha de recepción: 30 de julio de 2011

Fecha de aceptación: 22 de noviembre de 2011

RESUMEN

Este artículo indaga y reflexiona en torno a la «ontología del sentir» (o «intraontología») elaborada por Maurice Merleau-Ponty, especialmente sobre su noción de *carne*. Se procurará hacer evidente que la noción de *carne* es un intento radical de Merleau-Ponty para desarmar las nociones autónomas de sujeto elaboradas tanto por la modernidad filosófica como por la fenomenología, proponiendo en su lugar una noción «pasiva» de sujeto que está fundada en una primacía ontológica de la sensibilidad: en un *Sensible en sí (carne)* al que entiende como «presencia originaria» y como «el trasfondo a partir del cual puede ser pensada toda donación de sentido». Igualmente, se pretende mostrar cómo esa «ontología del sentir» da lugar tanto a un «horizonte de invisibilidad» que subyace a toda representación como a una idea corporal, expresiva, gestual y creadora del lenguaje (que tiene su modelo en los lenguajes del arte, especialmente en la literatura y las artes plásticas).

Palabras claves: Ontología del sentir, carne, cuerpo, quiasma, Merleau-Ponty, lenguaje, pasividad, lo Sensible en sí.

ABSTRACT

The purpose of this paper is to question and reflect about the «ontology of feeling» (or «intraontology») proposed by Maurice Merleau-Ponty, especially regarding his notion of *flesh*. In this respect this text intends to establish that Merleau-Ponty's notion of *flesh* is a radical attempt to disarm the autonomous notions of subject elaborated both by modern philosophy as by phenomenology, proposing instead a «passive» notion of subject which is based in an ontologic primacy of sensitivity: in a *Sensible in itself (flesh)* which he understands as «native presence» and as «the background from which all sense of donation can be considered». It also pretends to demonstrate how this «ontology of feeling» gives place both to «a horizon of invisibility» which underlies all representations, as well as to a corporal, expressive, gestural, and creative idea of language (that has its model in the languages of art, especially in literature and visual arts).

Key words: ontology of feeling, flesh, body, chiasma, Merleau-Ponty, language, the Sensitive in itself.

1. INTRODUCCIÓN

Estas reflexiones tienen como objetivo realizar algunos comentarios en torno a la «ontología del sentir» (o «intraontología»), especialmente en torno a la noción de *carne*, que expone Merleau-Ponty en un capítulo de su libro póstumo *Lo visible y lo invisible*¹, titulado «el entrelazamiento-el quiasma». Nuestra lectura intentará mostrar, por una parte, que la noción de *carne* representa un intento de Merleau-Ponty por desarmar las nociones de sujeto elaboradas tanto por la modernidad filosófica como por la fenomenología, proponiendo una primacía ontológica de la sensibilidad: un *lo Sensible en sí* (carne) al que entiende como «presencia originaria» y como «el trasfondo a partir del cual puede ser pensada toda donación de sentido». Por la otra, pretende mostrar cómo esa «ontología del sentir» da lugar tanto a un «horizonte de invisibilidad» que subyace toda representación como a una idea corporal, expresiva, gestual y creadora del lenguaje (que tiene su modelo en los lenguajes del arte, especialmente en la literatura y las artes plásticas).

Para Merleau-Ponty la reflexión filosófica tiene la obligación de comprender al hombre y al mundo en su *facticidad*, es decir, en su «estar-ahí», antes de cualquier pensamiento, en el entramado mismo de la existencia. Por tanto, su reflexión filosófica es un esfuerzo de descripción y reconocimiento de la experiencia tal como es: corporal, sensible y originariamente perceptiva: una experiencia

1. MERLEAU-PONTY, M., *Le visible et l'invisible*, Paris, Éditions Gallimard, 2006.

anclada al «mundo de la vida»². En este sentido, su pensamiento pretende dar cuenta de los modos cómo la experiencia tiene lugar y acontece fácticamente, de sus formas de darse y constituirse. Por ello, coloca al *cuerpo* en el centro de sus investigaciones, encarnando definitivamente al sujeto en su cuerpo y al cuerpo en el mundo que habita. Esa encarnación del sujeto trae como consecuencia que entienda la percepción como un modo activo de «saber», un «saber del cuerpo mismo», un espacio de comprensión y reflexión anterior al *cogito*.

Merleau-Ponty rechaza tanto la noción moderna de sujeto como la de «conciencia intencional» propia de la fenomenología de Husserl, y propone que es el cuerpo, en su complejidad sensual y sensible, el lugar originario del existente, del sujeto. Convierte así, toda consciencia en una «consciencia perceptiva» –y transformando la percepción es el vínculo originario del cuerpo con el mundo: propiamente nuestro *estar-en-el-mundo*–, desde la que se generan y en la que se fundan todos los actos reflexivos.

Ya en la *Fenomenología de la percepción*³, Merleau-Ponty afirma que toda percepción es percepción de cosas, y en ella está involucrado el cuerpo en su totalidad, entendido no como materialidad sino como aquella instancia móvil y sensible (moviente y sentiente) gracias a la que el existente puede efectivamente salir de sí y hacer-se en el mundo, con el mundo, a partir de la instauración de un plexo de conexiones de sentido. Por ello define los actos perceptivos como acciones del cuerpo sentiente, ni aprehensiones intelectuales de la alteridad ni ejercicios subjetivos de estructuración de lo dado sensiblemente, sino aquella acción gracias a la que en el cuerpo-sujeto el mundo acontece originariamente como un *estilo de ser*. Lo que acontece en la percepción no son figuraciones o aprehensiones, sino el vínculo intrínseco entre el cuerpo-sujeto y el mundo, su inherencia originaria en la existencia. La percepción es, entonces, el *estilo de ser* de un cuerpo-sujeto que se realiza únicamente en su expansión *en* la alteridad: un cuerpo-sujeto abierto que se dirige, se mueve y se extiende en lo que lo circunda. En la percepción, esta conexión intrínseca entre cuerpo-sujeto y mundo, es donde tiene lugar el sentido (significación y orientación) de la existencia, debido a que para Merleau-Ponty la percepción es un accionar semántico del cuerpo en el mundo, del *cuerpo propio*, a saber, aquel en el que se implican mutuamente sujeto y cosa.

2. Merleau-Ponty entiende el «mundo de la vida» como ese horizonte inconcluso, lleno de sombras y opacidades, en el que se da toda experiencia posible: una suerte de *logos* pre-lógico, pre-objetivo, pre-teórico, pre-reflexivo y pre-existente.

3. MERLEAU-PONTY, M., *Phénoménologie de la perception*, Paris, Éditions Gallimard, 1976.

2. EL ENTRELAZAMIENTO-EL QUIASMA

En *Lo visible y lo invisible*, Merleau-Ponty nos dice:

La carne no es materia, no es espíritu, no es sustancia. Se necesita para designarla, el antiguo término de «elemento», en el sentido que se emplea para hablar del agua, del aire, de la tierra o del fuego, es decir, en el sentido de la *cosa general*; a medio camino entre el individuo espacio-temporal y la idea, aparece un principio encarnado que importa un estilo de ser para todos [...] la carne es en ese sentido un elemento del Ser⁴.

Con la incorporación de la noción de *carne*, la idea de *cuerpo propio*, elaborada por Merleau-Ponty en su *Fenomenología de la percepción*, excede los límites de la experiencia actual y fáctica, para convertirse en una suerte de «condición de posibilidad del *ser-en-el-mundo*», del existir, de la que participa por igual todo lo que es fenómeno, todo lo que se manifiesta; una «condición de posibilidad» que determina no solo a los sujetos, sino igualmente a todo ente que forma parte del mundo. La percepción deja de ser concebida, entonces, como la mutua implicación de un cuerpo-sujeto y el mundo (como el accionar semántico del *cuerpo propio*), y se comprende como un acontecimiento en el que se constituyen, simultáneamente, el que percibe (cuerpo-sujeto) y lo percibido (mundo). La *carne* es la visibilidad o lo tangible mismo de la cosa, y es la corporeidad sensible del vidente, del que toca: es la *reversibilidad* misma del sentir: la profundidad, el espesor, el quiasma de la existencia. Por ello, la define como un «elemento del ser»: lo *Sensible en sí* que se concreta haciendo sensible tanto al sentiente como a lo sentido, que se instala como aquella dimensión del cuerpo que es, también, siempre una dimensión del mundo.

Esta idea de *carne* surge de una sostenida reflexión acerca de la idea de *reversibilidad* con la que el autor había caracterizado, en textos anteriores, su idea de *cuerpo propio*. En una fórmula temprana, Merleau-Ponty propone que la experiencia perceptiva, el «estar abierto» inherente al *cuerpo propio*, se caracteriza esencialmente por su *reversibilidad*, es decir, por el hecho de que el encuentro de un sujeto con el mundo es al mismo tiempo el encuentro de un sujeto consigo mismo, con su propio cuerpo: «se siente sintiendo». Justamente esta *reversibilidad* muestra que el cuerpo perceptivo es ya siempre mundo, y que su textura se asemeja a la de la alteridad a la que da sentido, en virtud de lo que la interconexión entre cuerpo y mundo (la percepción) no es una relación sino un habitar: habitamos (nos hundimos) en el mundo al percibirlo.

4. MERLEAU-PONTY, M., *Le visible et l'invisible*, op. cit., pp. 181-182.

En *Lo visible y lo invisible*, Merleau-Ponty ahonda en esta reflexión acerca de la *reversibilidad del sentir* atendiendo no solo a lo que en ella se descubre (la inherencia entre sujeto y mundo) sino también a su «modo de ser», a su textura misma. Por ello, su análisis toma, como referencia inicial, los dos modos de percepción que dan cuenta del *poder* mismo del cuerpo: la visión y el tacto. Estos dos modos, aun cuando pudieran parecer contrapuestos (uno que es figuración y distancia, otro que es cercanía y textura), en sus interconexiones –en su articulación– pueden describir la complejidad sensible que opera en el *cuerpo propio*: en tanto «sujeto» se cristaliza en la visión, en tanto «objeto» se constituye en el tacto. Instalada en la experiencia misma de ser-cuerpo en el mundo, a la vez en el ver y el tocar, Merleau-Ponty descubre que esa *reversibilidad del sentir*, que en un inicio había comprendido como la vinculación intrínseca y misteriosa que se da entre sujeto y mundo, era en realidad un *modo de ser*: no una mera conexión sino más bien un acontecimiento, un evento. Afirma, entonces, que la *reversibilidad del sentir* hace patente que la percepción no es la conexión entre dos entidades (hombre y mundo, sujeto y objeto) en un vínculo de inherencia y mutua dependencia, sino que es una acción constitutiva, en la que se instituyen por igual el hombre y el mundo. La *reversibilidad del sentir* del *cuerpo propio* es pensada, de ahí en adelante, como *carne*, gracias a lo que aquellas dos dimensiones que singularizaban el «sentirse sintiendo» propio de la percepción se transforma en la articulación, en el sentir y percibir mismo, de tres dimensiones: hay un ver o tocar la superficie de la cosa (el mundo), hay un ser mirado o ser tocado por la cosa (un ver o tocar *de* la cosa: el *cuerpo propio*, visible y vidente) y hay, por último, el acontecimiento (que denomina expresamente lo verídico) de «tocar el tocar», de «ver el ver».

Para comprender cómo opera ese «ver el ver» o «tocar el tocar», Merleau-Ponty profundiza en el entrecruzamiento irrecusable que se establece entre tacto y visión. Nos dice, entonces, que la visión no es el simple «mirar» del sujeto o del *cuerpo propio* que objetiva las cosas, sino que el ver está ya siempre conectado con un tocar que no solo lo soporta y lo orienta, sino que lo excede y le da lugar. Piensa, entonces, el *cuerpo propio* como la manifestación simultánea de dos «sistemas de sensibilidad», dos mapas sensibles, lo tangible y lo visible: «allí hay una revelación doble y cruzada del visible en lo tangible y del tangible en lo visible, los dos mapas están completos, y por tanto no se confunden nunca. Las dos partes son partes totales y por tanto no se pueden superponer»⁵. Dos mapas: el de la materialidad, el movimiento y la confusión (el tacto) y el de la idealidad, la distancia y la diferencia (la visión). Esta manifestación simultánea provoca que el sintiente (el que ve porque toca, el que ve y toca), el

5. MERLEAU-PONTY, M., *Le visible et l'invisible*, op. cit., p. 175.

sujeto, no pueda poseer lo sensible (lo visible o lo tangible: el mundo) a menos que él sea, a su vez, poseído, prescrito y constituido, desde esos «sistemas de sensibilidad». Aparece así un *Sensible en sí*, que es propiamente la articulación de ambos mapas sensibles. En otras palabras, la posibilidad de ser tanto del sujeto como del mundo depende de ese entrelazamiento sensible que los constituye. Merleau-Ponty lo explica diciendo:

El cuerpo interpuesto no es él mismo una cosa, es materia intersticial, es tejido conjuntivo, pero es también sensible por sí [...] es un ensamblaje de color y superficie habitado por un tocar, una visión, luego es un *ejemplar sensible* que se ofrece a sí para que lo habite la sensación de sentir todo aquello que aparece afuera de él, de suerte que, preso en el tejido de las cosas, él lo extrae todo de sí, lo incorpora, y en el mismo movimiento se comunica con las cosas sobre las que afirma su identidad, sin superposición, en esa diferencia sin contradicción, en esa distancia del adentro y del afuera que constituye su secreto originario. El cuerpo nos une directamente a las cosas por su propia ontogénesis [...] la masa sensible que él es y la masa de lo sensible donde él nace por segregación, es en la que, como vidente, permanece abierto⁶.

Este entrelazamiento –*lo Sensible en sí*– es lo que llama propiamente *carne*: un espesor, un quiasma, que es la condición esencial de la encarnación, gracias a la que el *cuerpo propio* nunca es una pura materialidad, sino un «ejemplar sensible» que puede ser indistintamente tocante y tocado en esa superficie que comparte con las cosas. El *cuerpo propio* es una superficie sensible en sí misma, y la experiencia que somos *en él* y *con él* está, en esa misma medida, inexorablemente anclada al mundo, es siempre la experiencia de estar y sentir-se «encarnado». Este espesor, este quiasma, hace que el sintiente y lo sentido se encuentren, simultáneamente, unidos y diferenciados, en tanto que, como «tejido conjuntivo», es una «superficie» que recubre por igual al *cuerpo propio* y al mundo: una «superficie» que es sensibilidad, apertura, y que los destina a ambos (al *cuerpo propio* y al mundo) a *darse* ineludiblemente el uno al otro. Al ser «materia intersticial», «tejido conjuntivo», es justamente aquello que media y unifica, que enlaza, junta, acopla. En efecto, ese «tocar el tocar» o «ver el ver», *lo Sensible en sí*, del que hablábamos anteriormente, y que Merleau-Ponty propone como lo que propiamente da lugar tanto al sujeto como al mundo, no es una relación o un vínculo (no es ideal) sino que es una «superficie de profundidad», un pliegue, un envolvimiento, una invaginación: *en la carne* el sujeto está hundido en el mundo y el mundo está inscrito en el sujeto. Toda experiencia posible está transida por esta paradoja del pliegue, este doble envolvimiento

6. *Ibid.*, pp. 176-177.

describe la condición ontológica del vínculo que hay entre el *cuerpo propio* y el mundo, en virtud de la que el mundo se manifiesta como tal en el mismo evento en el que el *cuerpo propio* se recupera como consciencia de sí, como sujeto. En otras palabras, si la percepción exige, para realizarse, estar encarnada en un cuerpo es porque ella es siempre también un acontecimiento del mundo, un evento del mundo que se hace fenómeno, que se manifiesta y se patentiza como consciencia.

Si ese pliegue o doble involucramiento (la *carne*) es lo que produce y acoge toda manifestación, aquello que da lugar al *cuerpo propio* y al mundo, solo puede ser pensado como una *potencia de ser manifestación*: como una potencia fenomenizante que pertenece propiamente al *abí*, en tanto que es en el *abí* donde el *cuerpo propio*, el sujeto y el mundo acontecen simultáneamente. Esa *potencia de ser manifestación* la *carne*, lo *Sensible en sí*, que convierte toda materialidad en *ejemplar sensible*, es decir, que transforma el *abí* (y el *hay*) en oferta de habitabilidad, lo hace lugar propicio para el *Ser*. La *potencia de ser manifestación* se actualiza en la experiencia como habitabilidad, por ello, ser manifestación, ser experiencia y fenómeno, no es distinto de darse como una modalidad de y en el *abí*, y es justamente en la transitividad que esta condición acarrea consigo que Merleau-Ponty propone que la fenomenalidad, la manifestación misma, es realmente una dimensión de todo lo existente (su *carne*) gracias a la que se establece un parentesco originario, e irrecusable, entre todas las cosas y los cuerpos. Lo *Sensible en sí*, la *potencia de ser manifestación* es, entonces, ese «elemento» que comunica entre sí la totalidad de los cuerpos en múltiples direcciones, en un *modo de ser* intersticial en el que la proximidad es siempre lejanía, la intimidad es exterioridad, y el «afuera» y el «adentro» son dos movimientos de un mismo acontecer.

la carne de la que hablamos no es una materia. Es el involucramiento del visible en el cuerpo vidente, del tangible en el cuerpo tocante, que es comprobado cuando el cuerpo se ve, se toca en el camino de ver y tocar las cosas, de suerte que, simultáneamente, como tangible él desciende entre ellos, como tocante los domina y extrae de él mismo la relación⁷.

Gracias a esta idea de *carne* la trama existencial originaria es pensada por Merleau-Ponty como una *potencia de ser manifestación* que da lugar, hace posible, que sujeto y mundo acontezcan, se manifiesten, y al manifestarse –al hacerse fenómeno– se conviertan en el testimonio ontológico de un *Ser* que es únicamente su propio *ser fenómeno*, su propio *manifestarse*. En ese sentido, la percepción deja de ser una actividad del sujeto y se transforma en la potencia

7. MERLEAU-PONTY, M., *Le visible et l'invisible*, op. cit., p. 189.

transitiva de un *Ser* que es, eminentemente, sensibilidad, apertura, donación a otro, habitabilidad. Un *Ser* que es indistinción, un ser indiviso que se realiza en ese entrecruzamiento que teje y hace posible la comunicación de todos los cuerpos *en* el mundo. El *cuerpo propio* se convierte, entonces, en el testimonio ontológico de un *Ser* que es su propia fenomenización (es la unidad de sí mismo y de su manifestarse). Lo propio del cuerpo es que su naturaleza (visión y tacto) devela, pone en evidencia, patentiza esa estructura originaria del mundo (*carne, lo Sensible en sí*) de la cual él es testimonio:

la carne es una noción posterior, que no es unión o composición de dos sustancias, sino pensable por ella misma, si hay una relación a sí mismo del visible que me atraviesa y me constituye como vidente, el círculo que yo no hago, que me hace, el envolvimiento del visible en lo visible⁸.

En tanto que no es unión o composición de dos sustancias, la *carne* –esa *potencia de ser manifestación*– hace patente que cuerpo y mundo se hallan en una disposición entrecruzada que articula lo exterior y lo interior, y que permite el doble envolvimiento del cuerpo que somos y el mundo *del* que somos, erigiéndose como la negación tanto de una exterioridad ajena como de una interioridad perfecta y cerrada:

Hay una visión, un tocar, cuando un cierto visible, un cierto tangible, se devuelve sobre todo lo visible, todo lo tangible, de lo cual él forma parte, o cuando de repente se encuentra *rodeado*, o cuando entre él y ellos, por su comercio, se instala una Visibilidad en sí, una Tangibilidad en sí, que no pertenece propiamente, como hecho, ni a un cuerpo ni a un mundo [...] De manera que el vidente está preso en aquello que ve, siendo también él mismo el que ve [...] la visión que él ejerce, la experimenta de parte de las cosas por las que, como se ha dicho de muchas pinturas, yo me siento mirado, que mi actividad es idénticamente pasividad [...] no poder ver dentro del «afuera», como los otros lo ven, el contorno del cuerpo que uno habita, pero sobre todo ser visto por él, existir en él, emigrar a él, ser seducido, captado, alienado por el fantasma, de suerte que vidente y visible son recíprocos y que no podemos hacer nada distinto de ver y ser vistos. Esa es la Visibilidad, esa generalidad de lo Sensible en sí, ese anonimato íntimo de Mí-mismo que llamamos ahora *carne*⁹.

La *reversibilidad del sentir* se ha convertido en *quiasmo*, en entrelazamiento, produciendo que el vínculo entre sujeto y mundo sea doble y cruzado, y que

8. MERLEAU-PONTY, M., *Le visible et l'invisible*, *op. cit.*, p. 183.

9. *Ibid.*, pp. 180-181.

acontezca el tejido de un *Ser* que es *potencia de ser manifestación* (fenomenalidad). Tanto el *cuero propio* como las cosas en las que somos comparten esa *carne* en la que se entrecruzan constantemente, se repliegan uno en otro infinitamente; la *carne* circunda mi cuerpo y el mundo, y en ambos transforma las superficies en sensibilidades que están, en sí mismas, siempre dadas o dirigidas al contacto, al encuentro, con el otro, con lo Otro. Con esta proposición Merleau-Ponty pretende mostrar que la sensibilidad no es una realidad subalterna, sino que es «el único medio por el cual el Ser se puede manifestar sin convertirse en positividad, sin dejar de ser ambiguo y trascendente»¹⁰.

La *carne* es, pues, esta noción última y primera donde se articulan y revierten lo sintiente y lo sentido, lo visible y lo vidente, donde el *cuero propio* y el mundo de las cosas se abrazan uno al otro. Esta *carne*, este *quiasmo* es evidente en nuestro propio cuerpo: ahí donde mi mano es tocada y tocante, aprecio el entrecruzamiento entre lo sentido y lo sintiente, es decir, se devela la *carne* como propiedad de mi ser y como propiedad del mundo. Como decíamos, el *cuero propio* no es solo reversible en su sentir: cosa entre las cosas visibles y vidente de esas cosas en las que es, sino que se concreta simultáneamente como sensible, sintiente y testimonio (actualización y testigo) de lo *Sensible en sí*, de la *potencia de ser manifestación* que conforma el verdadero tejido ontológico de todo lo existente.

Si sujeto y mundo acontecen en virtud de lo *Sensible en sí*, de esa *potencia de ser manifestación* que se actualiza como quiasmo, esto implica que el tejido ontológico de la existencia es dinámico: es actividad sensible, y tiene la forma de un movimiento de segregación y articulación. Merleau-Ponty afirma que esta actividad sensible, este movimiento, trae consigo su propia negación: lo tangible se da en consonancia con lo intangible, lo visible con lo invisible. Lo intangible o lo invisible son la «negatividad» esencial del entrecruzamiento en tanto tal, a saber, el «no-ser algo» propio de la potencia que hace posible el acontecimiento de la manifestación. Esta «negatividad», sin embargo, no debe ser comprendida como «algo» que falta, como ausencia ni como una entidad (sustancia, espíritu o conciencia) que resulta inaccesible, sino propiamente como el «no-ser-ente» del *Ser* en tanto *potencia de manifestación*: intersticio, membrana, *en y del* cual los entes emergen y *en* el cual permanecen retenidos.

El *Ser* como *potencia de manifestación* es una verdadera negatividad, en la medida en que no es un «ente» o «sustancia», sino una disposición y el tener lugar de un acontecimiento fenoménico. Tendríamos que preguntarnos: ¿qué es esa negatividad? Es la pura apertura o disposición a darse de todo lo existente, del cuerpo *en* el mundo y del mundo *en* el cuerpo, por ello, lo que no es

10. *Ibid.*, p. 180.

—o lo que niega radicalmente— es la posibilidad de que el *Ser* sea «algo» en sí mismo, sea un «algo» apropiable, una posesión. La negatividad propia de lo *Sensible en sí*, la invisibilidad que trae consigo toda visibilidad, es el hecho inexpugnable de que todo fenómeno es un acontecimiento *sobre y en* la indeterminación de una sensibilidad en general, que se actualiza como segregación: diferencia y distanciamiento. En virtud de que todo manifestarse es una segregación en lo *Sensible en sí*, lo propio del *Ser* en tanto que *potencia de manifestación* es siempre un acontecer como distanciamiento y diferencia, o sea, es un acontecer como «mundo» para *en* sujeto encarnado, como sujeto *en el cuerpo propio*. No hay *en-sí* ni del cuerpo, ni del sujeto ni del mundo, sino una *potencia de ser manifestación* que acontece como entrelazamiento.

La condición paradójica de lo *Sensible en sí* es, justamente, que lo visible —lo tangible— contiene siempre lo invisible —lo intangible— como su condición de posibilidad, que lo visible es solo posible por su propia invisibilidad. El *modo de ser* del *cuerpo propio* (su ser manifestación, su presencia), que se da como un evento —una segregación— en aquello mismo de lo que se distancia y diferencia (el mundo que ve o toca), implica que el *ser manifestación* requiere de una suerte de «ausencia de sí» para acontecer: ser *sí-mismo* es ser *en* otro. La *carne* es este plegamiento en el que cada cuerpo vive su adentro como un afuera, esto es, su interioridad, su cercanía, como su exterioridad, su distancia. El sujeto que mira, que toca, experimenta la interioridad que habita en su percepción como exterioridad, como un sentido y una significación que se realiza en las cosas, en los demás. El pliegue que es cada experiencia testimonia el doble involucramiento: tocar algo significa también tocar-se y ser tocado por aquello que se toca, ver algo significa también ver-se y ser visto por lo Otro:

el cuerpo sentido y el cuerpo sintiente son como el envés y el derecho, o más aun, como dos segmentos de un solo recorrido circular, que, por arriba, va de izquierda a derecha, y por abajo, de derecha a izquierda, pero que no es sino un solo movimiento en sus dos fases. O, todo aquello que digo del cuerpo sentido resuena sobre el sensible entero luego que él parte, y resuena también sobre el mundo. Si el cuerpo es un solo cuerpo en sus dos fases, en él se incorpora lo sensible entero, y en el mismo movimiento él se incorpora a un «sensible en sí»¹¹.

Al cuerpo sintiente se incorpora lo sensible, y ese *cuerpo propio* se incorpora, a su vez, a lo *Sensible en sí*, a ese «anonimato íntimo de Mí-mismo que llamamos carne». Esto lo conduce a proponer, entonces, que si es tocando y viendo la alteridad (lo Otro, al otro) como nos tocamos y nos vemos a nosotros

11. MERLEAU-PONTY, M., *Le visible et l'invisible*, op. cit., pp. 179-180.

mismos, es porque lo tocado o lo visto no es solo la ocasión de nuestra experiencia, sino que *es* radicalmente nosotros mismos: lo Otro es parte esencial del sí-mismo. De esta forma inaugura, Merleau-Ponty, una definitiva deconstrucción del sujeto al hundirlo en lo contingente y convertirlo en un acontecimiento de una sensibilidad general y anónima: el «sujeto» ya no posee sustrato ni fundamento sustantivo, sino que se transforma en un *modo de ser*, en el testigo y la actualización de la *potencia de ser manifestación* misma. Así cada sujeto está labrado y grabado en esa potencia fenoménica anónima, originaria, puro intersticio y membrana, que constituye el tejido mismo de la existencia. Merleau-Ponty expone esta deconstrucción de la siguiente manera:

(el *cuerpo propio*) no es fundamentalmente ni cosa ni vidente solamente, él es la Visibilidad unas veces errante otras veces aparecida, y, con derecho, él no está en el mundo, él no se detiene, como dentro de un recinto privado, en su visión del mundo; él ve dentro del mundo mismo, el mundo de todos, y sin tener que salir de sí, porque él no es todo entero, porque sus manos, sus ojos, no son nada otro que esas referencias de un visible, de un tangible-modelado a todo aquello en lo que él encuentra la semejanza, y donde él recoge el testimonio, por la magia que es la visión, del tocar mismo¹².

Esta deconstrucción del sujeto en una instancia anónima que lo atraviesa, implica que tanto mi existencia como la del otro son perspectivas, visiones, concreciones y testimonios de un mismo *Ser* que es originariamente *potencia de manifestación* (de lo *Sensible en sí* que todo lo contiene). La carne del mundo es también la carne de mi cuerpo y es también carne del cuerpo del otro, de lo Otro. Justamente porque en la *carne* acontece todo lo que *es*, en tanto que manifestación (fenómeno), en el *cuerpo propio* se inscribe necesariamente una intercorporeidad que es, a la vez, individual y general, personal y anónima. Ningún sujeto puede ser absoluto, ya que está irrecusablemente determinado y definido por su acontecer en *lo Sensible en sí*.

Lo *Sensible en sí*, la *carne*, afirma radicalmente que *ser-con* o *ser-con-otro* es el modo propio de ser de todo sujeto (de la subjetividad o la consciencia), en la medida en que todos los cuerpos están co-implicados en una *carne* común, ese sustrato *desde y en* el que tiene lugar toda posible manifestación. Merleau-Ponty nos dice: «la dificultad que nos ocupa desaparece de esta manera: los otros cuerpos son conocidos por mí como el mío, aun más es el mismo mundo el que ellos hacen y el que yo hago [...] recubrimiento y fisión, identidad y diferencia, hacen nacer un rayo de luz natural que aclara toda carne y no solo la mía»¹³. En

12. *Ibid.*, p. 179.

13. MERLEAU-PONTY, M., *Le visible et l'invisible*, op. cit., pp. 183-184.

otras palabras, atender a la *carne* significa descubrirse en situación de existente sintiente y sensible, y aprender a pensarse desde la instancia colectiva de un *con-otro* primordial (el «mundo de la vida», *lo Sensible en sí*) del que cada uno, yo y el otro, somos acontecimiento, manifestación, expresión y testimonio: toda individualidad está atravesada por un resplandor de generalidad, un momento de anonimato, un estadio de co-implicación, toda individualidad es siempre excéntrica. Los otros «tienen que estar ahí como relieves, desvíos, variantes de una sola visión en la que yo también participo [...]. Es cierto que no vivo su vida, que están definitivamente ausentes de mí y yo de ellos. Pero esta distancia es una extraña proximidad desde el momento en que reencontramos el ser de lo sensible, ya que lo sensible es lo que, sin moverse de sitio, puede acchar a más de un cuerpo»¹⁴. Este anonimato del que todo *corpo proprio* es expresión no involucra para Merleau-Ponty una disolución, sino el testimonio de su doble involucramiento, de su pertenencia al mundo y a los otros. «El cuerpo del otro y el mío son un todo, el derecho y el revés de un solo fenómeno de existencia anónima de la que mi cuerpo es en cada momento el trazo y que habita los dos cuerpos a la vez»¹⁵. El derecho y el revés de una existencia anónima: aquí tenemos la disgregación, la articulación de unidad y diferencia, un vínculo que no es fusión ni es mera suma de individualidades, sino inherencia inter-corporal por la que un *nosotros* aparece como condición de posibilidad para todo yo.

3. SENTIDO, SIGNIFICACIÓN Y LENGUAJE

Esta ontología del entrecruzamiento, esta ontología de lo sensible, propuesta por Merleau-Ponty, es también una *ontología del sentido*. En efecto, para nuestro pensador toda actividad sensible del *corpo proprio* es significativa: es la instauración de un *sentido* en lo real. El fenómeno es siempre una segregación de *lo Sensible en sí*, del *Ser* como *potencia de manifestación*, por ello, el acontecer del cuerpo, del mundo y del sujeto se da, se realiza, inevitablemente como una «figura» y una «significación». Por ello, para nuestro filósofo siempre *hay sentido*, en tanto que el acontecimiento que es el *corpo proprio*, al ser expresión y testimonio de la *carne* del mundo, es también siempre un acontecimiento espontáneo del sentido, su *tener lugar*.

Esta idea de sentido es pensada, por Merleau-Ponty, desde dos perspectivas: por una parte, a partir del complejo visibilidad-invisibilidad gracias al que

14. MERLEAU-PONTY, M., *Signes*, Paris, Éditions Gallimard, 2001, p. 405.

15. *Ibid.*, p. 408.

la actividad sensible y perceptiva es siempre concreción, expresión y testimonio de lo *Sensible en sí*, es su particularización; por la otra, es pensado como esa segregación que da origen al lenguaje.

Con respecto al complejo visibilidad-invisibilidad, el acontecimiento espontáneo del sentido podemos pensarlo, en la experiencia concreta, de dos formas. En primer lugar, ontológicamente, como el efecto mismo de la ausencia originaria que describe y constituye ese *Ser* que es pura *potencia de manifestación*: de su apertura que es también su carencia; en segundo lugar, ópticamente, como la significación y la orientación fáctica, el *logos* pre-reflexivo, que constituye la experiencia.

En el primer caso, lo invisible es, como decíamos, el «no-ser-ente» del *Ser* en tanto *potencia de manifestación*, esa textura de intersticio, de membrana, *en y desde* la que todos los entes emergen y *en* la que se instalan como fenómenos de una misma realidad. En tanto que toda manifestación –todo fenómeno– es un acontecimiento que se da *en y sobre* la indeterminación de una sensibilidad en general, y que toda manifestación es una segregación de lo *Sensible en sí*: un movimiento de diferenciación y distanciamiento, de figuración y significación, Merleau-Ponty propone que en todo fenómeno *hay*, por igual, presencia y opacidad. En efecto, lo invisible es aquella opacidad que, en toda percepción y en toda manifestación concreta, nunca puede acontecer como una «presencia» sino que se realiza como un entramado de rasgos alusivos, discontinuos y relacionales: como un tejido de conexiones de *sentido* gracias a las que cada fenómeno se inscribe en la totalidad del mundo y la experiencia. En todo lo visible se da, entonces, un «horizonte de invisibilidad» que excede la presencia, por ello, lo que algo es –la cosa– se da siempre como un complejo de visibilidad-invisibilidad (presencia-opacidad). Este horizonte de invisibilidad es justamente lo que distancia al mundo de la representación (de su representación) y nos obliga a reconocer que no puede ser reducido a ella: el mundo (lo real) es un orden de realidad o de ser absolutamente distinto al de la «realidad representada», es un orden de ser *bruto* mientras que la representación es siempre un orden figurado, histórico.

Ese horizonte de invisibilidad, ese invisible, que acompaña toda visión es la *carne*: el inextinguible y fecundo trasfondo inaccesible del que emergen incesantemente las diferenciaciones que constituyen lo manifestado –el fenómeno–, lo que no puede ser descifrado, lo que está siempre *ahí* sin ser objeto intencional o presencia. Como ejemplo de este complejo visibilidad-invisibilidad, Merleau-Ponty recurre a la existencia concreta de cada sujeto, para afirmar que el *cuerpo propio* es *el invisible del visible*, es la patentización de que el «visible» se ha replegado sobre sí mismo segregando una «interioridad» que no es capaz de ver ni reconocer, una interioridad que es, sin embargo, la que le permite ver: la invisibilidad es justamente la imposibilidad que

tenemos, como cuerpo, de advertir aquello por medio de lo cual las cosas se nos hacen presentes.

En virtud de que lo existente es *ser bruto*, y está constituido no solo por aquello que vemos o tocamos (que nos representamos), sino también porque no podemos figurar, que nos excede intelectivamente, la percepción y la experiencia no son tanto una aprehensión como la signatura –la elaboración– de un recorrido, el establecimiento de una «dirección» particular al interior de esa totalidad abierta –*la potencia de ser manifestación, lo Sensible en sí*– que comprende y compromete todo cuanto pueda darse: son siempre la instauración de un *sentido* (orientación y significación).

Gracias a que el fenómeno –la manifestación– es siempre la instauración de un sentido (de una orientación y una significación) en la generalidad de la *carne*, las cosas percibidas o experimentadas son esencialmente trascendentes, no porque sean del mundo o sean «exterioridad», sino porque se originan como distanciamiento inexpugnable, en ese espesor, ese pliegue, que articula lo sensible y lo sentido. En efecto, el *sentido* es el índice esencial de trascendencia de todo lo dado, aquello en virtud de lo que toda presencia, toda manifestación, está necesariamente abierta a su exterioridad y a la historia: a lo que la rodea, a lo que le es ajeno, a lo ya sido.

En el segundo caso, en tanto que *logos* pre-reflexivo, significación y orientación fáctica, el *sentido* (el índice de trascendencia, lo que excede la presencia) es pensado por Merleau-Ponty como el origen mismo del lenguaje. Afirma entonces que «el *sentido* sobreviene en el tejido diacrítico del mundo», de la misma forma como «la *significación* surge en el tejido diacrítico del lenguaje». De esta manera propone que las operaciones perceptivas del *cuerpo propio* deben comprenderse como modalidades *prerreflexivas* del pensamiento. En efecto, para Merleau-Ponty la acción humana es fundamentalmente comunicativa, está determinada por un intercambio continuo y, en cierto sentido, abismal (el quiasma, el entrecruzamiento) gracias al que entre lo material y lo simbólico no existe oposición ni conflicto, sino una efectiva articulación. El *cuerpo propio* es siempre la cristalización de un *sentido*, desde el que adviene una orientación y se origina un significado, se concreta una figura específica que se incorpora al sistema de remisiones significativas que es el mundo.

En *Lo visible y lo invisible*, Merleau-Ponty afirma que las ideas (que son, a su vez, siempre lenguaje: que son palabras) son el doble envolvimiento y la profundidad de lo *Sensible en sí* (de la *carne*), ya no del fenómeno o de la experiencia sensible de un sujeto, sino del tejido mismo de la existencia. Las palabras, las ideas, son originariamente expresión y testimonio de *lo Sensible en sí*: de lo allí acontecido, de sus disgregaciones, de sus articulaciones. Las ideas son lo que no es propiamente «carne» de la *carne*, son su rastro: la estela que la carne ha impreso en lo real gracias a su acontecer como fenómeno, manifestación y

mundo, las ideas son por ello mismo el lugar de la historia, de lo ya sido. Así, lo invisible –el horizonte de invisibilidad– es comprendido como el rastro –el resto– del acontecimiento mismo del *sentido*, gracias a lo que se convierte en un «segundo positivo» (una parte de la *carne*): un modo del *Ser* en el que la *potencia de manifestación* se actualiza como invisibilidad –como no-presencia–, como rastro, resto y ausencia:

la idea, esa dimensión, no es un invisible de hecho, como un objeto escondido detrás de otro, y tampoco un invisible absoluto que no tiene nada que ver con lo visible, sino el invisible de ese mundo, el cual habita, que le da soporte y visibilidad, su posibilidad interior y propia, el ser de ese existente¹⁶.

El acontecimiento de la manifestación, en el que se concreta el *cuerpo propio* y el mundo, queda históricamente, permanece, como rastro y resto de su acaecer temporal en la forma de ideas (de significados) que conforman una parte activa del mundo concreto, histórico y cultural, y que tienen su origen en los gestos mismos que constituyen la experiencia y la percepción: en el *sentido* que ellas inscriben en *lo Sensible*. De manera tal que a todo fenómeno, y a toda experiencia, en tanto que advenimiento de un *sentido*, les pertenece una idealidad como su expresión más propia: «Es como si la visibilidad que anima el mundo sensible emigrara, no de los cuerpos, sino hacia otro cuerpo más grave, más transparente, como si cambiara de carne, abandonando esa del cuerpo por esa del lenguaje»¹⁷. Un lenguaje, una palabra, que no es, entonces, un instrumento del pensamiento sino que es antes que nada *carne*, y por ello, es originariamente gesto, es decir, un signo del cuerpo mismo (un *signo-cuerpo*). «La palabra es un gesto y su significación un mundo», ella habla más allá de sí misma, más allá de sus significados convencionales e históricos, habla de la manera que tenemos de tener experiencias, de estar en el mundo y con las cosas. Al ser ella también una concreción de *lo Sensible*, la palabra en realidad nunca dice nada sino que inventa siempre nuevamente su sentido (es un evento de la significación): una expresión creadora –justamente, *la prosa del mundo*– que testimonia el estilo de ser propio de cada existencia, de cada tiempo, de cada estancia del mundo. En este sentido, el lenguaje es para nuestro filósofo siempre «enunciación», un verdadero «acto de habla», un «comportamiento lingüístico», en el que el significado está definido y determinado por su propio acontecimiento, por su hacer-se.

hay una idealidad rigurosa en las experiencias que son experiencias de la carne; los momentos de la sonata, los fragmentos del campo iluminado, adherencia

16. MERLEAU-PONTY, M., *Le visible et l'invisible*, op. cit., p. 196.

17. *Ibid.*, p. 198.

del uno al otro por una cohesión sin concepto, que es del mismo tipo que la cohesión de las partes de mi cuerpo, o esa de mi cuerpo y del mundo [...] porque reconocemos una idealidad que no es extranjera a la carne, que le dona sus ejes, su profundidad, sus dimensiones¹⁸.

En efecto, el poder de expresión del lenguaje, el poder testimonial de la palabra, no es distinto del poder del sentir corporal, por ello, la palabra no puede ser meramente una convención, tampoco un medio, un signo abstracto o una representación instrumental y utilizable.

Esta peculiar comprensión del lenguaje como gesto de una experiencia corporal nos permite comprender la distinción que Merleau-Ponty elabora entre *lenguaje hablante* y *lenguaje hablado*. El lenguaje hablante es aquel lenguaje instituyente, operante, conquistador, militante, en el que el gesto se constituye como invisibilidad, como rastro de toda experiencia sensible, visible. Lo característico de este lenguaje, del hablante, es que en él todo decir es siempre, esencialmente, una expresión creadora, inaugural, la invención de un nuevo *sentido*. Justamente por ello es un lenguaje en nacimiento, en gestación, cuyo significado es siempre una «significación», es decir, una determinación que se encuentra en formación. El lenguaje hablado, por el contrario, es el lenguaje común, instituido, convencional, expresión de un sentido establecido por la tradición, ya definido y cristalizado en la historia o la gramática: sistema cerrado, acabado, cuyo sentido se encuentra circunscrito a leyes y principios definidos. Si el lenguaje es originariamente gesto es, siempre también, lenguaje hablante y su fuerza opera en su capacidad creadora.

El *lenguaje hablante* se hace justo en el *cuero propio*, como expresión y testimonio del *sentido*, es en esa medida un lenguaje vivo; es la articulación lingüística de una realidad primigenia, gracias a la que es posible convertir en significado aquello que de modo silencioso el mundo y el *cuero propio* quieren decir. Esta comprensión del lenguaje hablante tiene su modelo en los lenguajes artísticos, en tanto que estos operan como una reapropiación creativa del decir propio de lo sensible, de un decir que es *prerreflexivo*, y en tanto que en ellos, en los lenguajes artísticos, el decir está siempre transido de *cuero propio*: incorporan nuestra manera de decir, de actuar, nuestras divergencias, nuestras cadencias y ritmos, nuestras fragilidades. Justamente porque la palabra es originariamente gesto, la comunicación y la comprensión exceden al significado establecido, convencional y consolidado, y se presentan como comportamientos, como acontecimiento, actividad, un hacer. La comunicación se da verídicamente, entonces, como un proceso de creación de nuevos sentidos que surgen, en el pliegue entre los dos lenguajes hablantes, una suerte de procreación, tiene

18. *Ibid.*, p. 196.

así lugar en el «entre», en el entrelazamiento de mi cuerpo y el otro cuerpo, tiene lugar en la diferencia, en lo invisible.

La *ontología de lo sensible*, del entrecruzamiento, conduce a Merleau-Ponty a postular que la reflexión, el pensar y el decir, no puede consistir en la sistematización de un conjunto de significados o conceptos, sino que, por el contrario, tiene que reapropiarse creadoramente, a la manera de un gesto, de ese trasfondo *prerreflexivo* originario que es el cuerpo propio en su ser mundo y manifestación. Por ello, la reflexión debe dar cuenta de «la necesidad de ajustar cuentas con las “tinieblas” a las cuales la corporalidad, y solo ella, continuamente conduce [...]. Trabajando sobre el cuerpo se descubre (dentro del cuerpo, dentro de nosotros mismos) algo inalcanzable para la misma razón, algo que la confronta con su propio límite y con su propia impotencia: la insuperable *pasividad del cuerpo* mismo»¹⁹. Para Merleau-Ponty habremos de recuperar la experiencia en su estadio originario, primordial, aquel que escapa constantemente a la aprehensión, que posee algo de inaccesible. El lenguaje, nuestro modo propio de expresión, tendrá que abrirse a inscribirse en el mundo como una constante recomposición activa e inaugural. Como en los espacios del arte será necesario, entonces, que el decir sea en sí mismo un tener lugar del mundo.

4. BIBLIOGRAFÍA

- MERLEAU-PONTY, M., *Eloge de la philosophie*, Paris, Gallimard, 1989.
— *L'oeil et l'esprit*, Paris, Gallimard, 2006.
— *Le visible et l'invisible*, Paris, Gallimard, 2001.
— *Phénoménologie de la perception*, Paris, Gallimard, 2001.
— *Signes*, Paris, Gallimard, 2001.

19. MERLEAU-PONTY, M., *Le visible et l'invisible*, *op. cit.*, p. 197.